

influencia siendo mas religiosos, esto es, si practicaran algo [más la religion católica. No hay duda que debemos hoy despreciar y rechazar indignados el odioso adagio; *Ubi tres medici duo athaei*.

Mas si en nuestras costumbres no puede aceptarse en toda la brutalidad de su acepción aquel abominable axioma, acógele sin embargo, la pública opinión bajo otro significado, y, por desgracia, no sin algun fundamento. ¿No puede efectivamente decirse: donde hay tres médicos, hay dos incrédulos, ó por lo ménos del todo indiferentes en punto á las prácticas religiosas? Confesemos francamente que no es posible negar ni rechazar los hechos, pues su logica es inexorable, invencible.

La comun opinion atribuye á los médicos el que no observan las prácticas esenciales de la religion católica, que, como nadie ignora, es la de la gran mayoría de la nación.

Los médicos revestidos de tan sublime moralidad, la moralidad religiosa, son los únicos capaces de los mayores sacrificios. No titubearán en ser pródigos, no ya sólo de sus cuidados, de su reposo y de su tiempo, vulgar sacrificio por cierto, sino que tambien lo serán de su reputación, de su salud y aun de su vida si es necesario, puesto que obran por un motivo sobrenatural, esto es, por un principio de fé, por el sentimiento de la caridad cristiana. El médico verdadero, dice Hipócrates, es el que cura á sus enfermos con el auxilio de Dios, con la fé y con un espíritu de dulzura ajeno á toda dureza. *Qui enim bonum medicus est, is per Deum fide magis quam duritia medetur.*

Siendo los médicos, por lo regular, los hombres más instruidos de la sociedad, particularmente en cuanto concierne á las operaciones y secretos de la naturaleza, debieran por lo mismo estar más cerca de la Divinidad, tenerla en más alto concepto y con intuición más inmediata é íntima.

Y efectivamente, ¿hay algo que remon-

te más el alma hacia Dios que el maravilloso espectáculo de la organización del hombre, ó el más ó ménos perfecto conocimiento del organismo humano?

¿Quién desconoce el sublime pasaje de Galeno con todo y ser gentil? “No me detendré, dice en su tratado *de uso partium*, en refutar tales extravagancias, pues fuera deshonorar la santa causa que ellos han atacado: por toda respuesta voy á componer en honra del Criador el sólo cántico digno de él. No le ofreceré, por cierto, holocausto ni perfumes; daré á conocer cuán grande é infinito es su poder al par que su sabiduría en la admirable composición de las partes del cuerpo humano. Veo en ella el testimonio más cierto de su inefable bondad, y un manantial de eternas acciones de gracias que debemos tributarle por tantos beneficios.”

Galeno, el más aventajado de los médicos despues de Hipócrates, exclama que su libro es un himno á la gloria de la Divinidad. ¡Una sencilla exposición anatómica encierra un himno á la gloria del Eterno! Deberá parecer extraño este lenguaje á los hombres sin fé y sin Dios, esto es, á los falsos sabios, á los escépticos, materialistas, panteístas y ateos; pues todo se reduce y resume en esta última y horrible palabra: ¡ateo! Los médicos, empero, verdaderamente sábios y dignos de este nombre, ven doquiera, en la ciencia de la naturaleza y del hombre, el sublime sello de la soberana inteligencia y la indestructible impresion del dedo de Dios.

EL DUELO.

En estos dias han visto la luz pública en la prensa, algunas anécdotas para demostrar que todo individuo debe batirse siempre que se pueda y no eludir el lance.

A nuestra vez, vamos á recordar algunos episodios históricos que prueban precisamente lo contrario de lo que dicen los partidarios del duelo.

Siendo jóven Turena, lo desafió á sin-

gular combate otro oficial, pero el famoso general le contestó: “No he de violar las leyes batiéndome, pero estoy dispuesto á afrontar el peligro cuando el deber me obligue á ello. Tenemos entre manos una empresa muy útil y muy honrosa para el ejército, aunque tambien muy arriesgada: vamos á pedirle permiso á nuestro general para llevarla á cabo, y veremos quien de nosotros dos se llena de más gloria.”

Al que había propuesto el duelo le pareció en efecto la empresa tan temeraria, que no quiso poner su valor á aquella prueba.

La Mothe-Gondoin y d'Aussin eran dos valientes oficiales cuyos nombres se citan con honor en las crónicas de las guerras de Italia. Desgraciadamente una susceptibilidad exagerada había despertado entre ellos una especie de emulación que á cada paso les impulsaba á sacar las espadas el uno contra el otro.

Un día que estaban frente al enemigo, riñeron, segun costumbre. Iba á correr la sangre, cuando dijo la Mothe Gondoin: “¿Qué vamos á hacer? Nuestra sangre pertenece á la patria: dejemos de dar á nuestros soldados ejemplos tan peligrosos: vamos á ver quien de nosotros se bate más valerosamente con el enemigo: este es el único duelo digno de nosotros.”

Al terminar estas palabras Gondoin se lanza impetuosamente sobre el enemigo. d'Aussin le sigue; ambos dan pruebas admirables de valor.

Ambos quedaron heridos; pero restablecidos de sus heridas, llegaron á ser muy amigos y rivalizaron en valor y generosidad hasta la muerte.

Un general inglés que había servido en el ejército durante 40 años y nunca se había batido en duelo, cuenta lo siguiente:

“Una vez provoqué el resentimiento de uno de mis compañeros de armas á quien quería y respetaba todo el ejército. Había yo expresado mi opinión de él en una lengua que conocía imperfectamente, empleando una palabra cuyo verdadero

sentido no conocía yo. Mi compañero se creyó insultado, se separó de su cuerpo y me desafió. Le contesté que deseaba tener con él una explicación que le quitaría la intención de batirse, sin embargo, ofrecí ir al terreno. Fui en efecto, con otros muchos oficiales. Delante de ellos me eché la culpa del disgusto y declaré que había yo hecho uso de una palabra cuyo alcance no sabía.

El ofendido tiró al suelo la espada y nos abrazamos.

Vine á este sitio con la intención de atravesar de parte á parte el corazón de un hombre que amo y estimo: ahora tiemblo al pensar en ello. Todos los oficiales presentes aplaudieron el desenlase y convinieron en que el duelo es una costumbre bárbara y en que un gobierno paternal debe impedirlo á todo trance.”

Creemos que sobran esos ejemplos, porque sería cuento de no acabar.

El fin de Lamennais.

Con motivo de un estudio sobre Lamennais, publicado poco ha en el *AMI DU CLERGE*, el Director de este periódico ha recibido la siguiente interesante carta:

Señor Director:

He leído con mucho interés vuestros artículos sobre Lamennais. ¡Qué genio tan grande! ¡Pero qué fin tan lamentable! Permitidme con este motivo hablaros de un suceso que no referísteis en vuestro último artículo, y que puede hacer concebir algunas esperanzas de salvación de este hombre.

He oído referir el hecho siguiente:

El Padre Bazin, jesuita, cuya ciencia y santidad es admirada generalmente, predicaba una tarde de ejercicios espirituales, á los alumnos del gran Seminario de Rennes, y en un discurso les habló de Lamennais, de quien había sido discípulo diciéndoles que desde el momento de la defección de su maestro hasta la muerte, siguió cultivando las relaciones que

con él le unían, al grado de que nunca se pasaba una semana sin verle.

Durante una conversación, el Padre Bazin le hizo esta pregunta: ¿Maestro, os acordáis que vos habéis sido quien me exhortó á seguir la carrera en que ahora me hallo, siguiendo vuestros consejos? ¿Què me aconsejáis ahora?

Tú has hecho bien, me respondió Lamennais.

—¿Y vos, maestro, no volveréis á la misma carrera que en un principio emprendisteis?

Por toda contestación Lamennais bajó la cabeza.

Pero el hecho más importante referido por el Padre Bazin, es: Cuando su fin estaba próximo, Lamennais mandó á su sobrina que fuese á buscar al Padre Bazin. Cuando la sobrina regresó con el sacerdote, la puerta estaba serrada. El Padre Bazin no pudo entrar pero desde la antecámara oyó á su maestro que gritaba: "Quiero al Padre Bazindejen entrar al Padre Bazin." Unos miserables sectarios tuvieron cerrada la puerta y el Padre no pudo entrar, pero pudo hablarle desde la antecámara y darle la absolución.

Hé aquí lo que el Padre Bazin ha referido á los seminaristas de Rennes en los años de 1867 á 1868.

LAS BIBLIOTECAS

NORTEAMERICANAS.

Acaba de publicarse en los Estados Unidos una estadística de las bibliotecas públicas, y de ella tomamos los datos siguientes:

El Estado de Massachusetts es el que po see mayor número de bibliotecas, 212,

conteniendo 2,760,000 obras, ó sea 1,233 de éstas por cada mil habitantes.

Siguen despues: New Haspshire, con 42 bibliotecas y 175,000 libros, ó sea 462 obras por cada mil habitantes, y el Illinois, que cuenta con otras 42 bibliotecas, pero cuya proporción sólo es de 130 tomos por cada mil personas.

Como detalle curioso, se hace constar que las bibliotecas de Massachusetts, tan numerosas y tan ricas, no han recibido nunca donativos de importancia. En otros Estados, por el contrario, los particulares han contribuido con gruesas sumas á la fundación de centros tan útiles como necesarios.

En Chicago, John Creraz ha dado 3,000,000, de duros y W. Neuwbourg 2,000,000; en Nueva York, la familia Astor, 2,000,000; En Baltimore, Jorge Peabody, 1,500,000, y Enoche Pratt igual cantidad; en Filadelfia, el doctor Jaime Ruich, 1,500,000 de duros, y en Pittsburgo, Mr. Andrés Carnegie, 1,100,000.

Estos importantes donativos atestiguan, de una manera tan práctica como elocuente, el interés que por los Centros científicos y de instrucción muestran los grandes capitalistas de los Estados Unidos.

Sería de desear que en todas partes imitaran los millonarios el ejemplo que dan los americanos.

DEFUNCIONES.

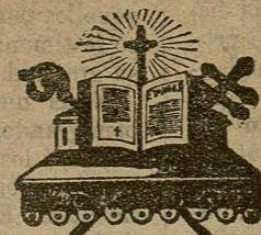
El dia 14 del pasado falleció en Cocula el Sr. Pbro. D. Perfecto Cocío.

El dia 22 del mismo, murió en Jalostotitlan el Sr. Pbro. D. Tiburcio Arroyo.

R. I. P.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga.--D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM. VIII.

GUADALAJARA, OCTUBRE 22 DE 1895.

NUM. 20.

SECCION I.

Breve del Soberano Pontifice al general de los jesuitas.

Querido hijo, salud y bendición apostólica.

Nós, felicitamos vivamente á los miembros de vuestra Compañía que figuran entre Nuestros más fieles cooperadores en la realización de los proyectos que Nós hemos formado hace ya algun tiempo para reanimar entre los Coptos la Religión católica. Y aunque en otra vez hemos tributado el debido homenaje á vuestros trabajos, en la Carta Apostólica que Nós dirigimos á dicho pueblo, Nos complace confirmar ese testimonio por medio de una Carta especial á vos dirigida, despues que Nos hemos tenido conocimiento más amplio por los datos que vos mismo Nos habéis comunicado, de la marcha de los asuntos que á la Religión se refieren en la nación mencionada.

Nós hemos experimentado una emoción dulcísima al considerar la constancia que muestran aquellos católicos en conservar la fé de sus padres, sus virtudes, fecundas en frutos de bendición y su

deseo ardiente de volver á la unidad, que en todas partes, y no sin fruto, se afirma entre los mismos disidentes, y que es causa de que, considerando comprendido, ó poco ménos, al pueblo copto en el número de aquellos que indicó Cristo como "maduros para la recolección," Nuestra oracion vuelve hácia el mismo Cristo "dueño de la viña," á fin de que su Providencia fortifique á sus obreros y envíe á ella otros nuevos que trabajen en la misma obra.

Quince años han trascurrido desde que los miembros de vuestra Compañía, animados por Nuestra palabra é impulsados por su apostólica caridad, se dirigieron con diligencia y celo hácia aquellas regiones. Los trabajos penosos y constantes que ellos emprendieron sobre todo, en el alto Egipto, han obtenido excelentes resultados, principalmente en lo que concierne á la buena educacion del Clero indígena y á la observancia y progreso de la vida cristiana entre el pueblo.

Si Nós damos gracias á Dios como es muy justo de estos resultados, Nós tambien experimentamos hácia El y lo expresamos, un reconocimiento no ménos grande, con motivo del movimiento oculto, pero más poderoso de lo que se podría ponderar, que se ha iniciado para llevar de nuevo á los disidentes al seno de la Iglesia.

Preciso es reconocer, sin embargo, que los venturosos frutos que se esperan de